

www.elboomeran.com

**Agnès Desarthe**  
**CÓMO APRENDÍ A LEER**

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2014  
TÍTULO ORIGINAL: *Comment j'ai appris à lire*

© Éditions Stock, 2013  
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2014  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-66-6  
DEPÓSITO LEGAL: CC-249-2014  
IMPRESIÓN: KADMOS  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*A la que fue mi adorada madre*

*A todas mis señoras B.*

## Prólogo

*Aprender a leer ha sido para mí una de las cosas más fáciles y más difíciles. Ocurrió muy rápido, en unas semanas; pero también muy lentamente, a lo largo de varios decenios.*

*Descifrar una cadena de letras, traducirla en sonidos, fue un juego de niños. Comprender para qué servía fue una travesía a menudo amarga y, hasta la escritura de este libro, profundamente enigmática.*

## Cómo todo empezó (mal)

Nací en mayo de 1966. En aquella época, los hombres, incluso los jóvenes, llevaban traje, corbata y a veces sombrero. Las mujeres tenían ropa interior con armazones, fajas y corpiños. Los pechos, proyectados hacia delante por las costuras, las ballenas (¿qué sé yo?), eran puntiagudos, cónicos, muy duros. No había televisión. Nosotros teníamos teléfono, pero no todos los hogares contaban con uno.

Dos años más tarde cambiaron algunas cosas.

Sin embargo, en la foto que sacamos en un cumpleaños al que nos habían invitado a mi hermano y a mí —pongamos que a finales de 1967—, lucía una pose convencional y seria, ignorante de la revolución inminente: rodillas de bebé cruzadas, zapatos de charol en los pies, vestido immaculado y tieso, toda orgullosa de mi bolso de mano blanco con cremallera dorada. A los dieciocho meses, tengo pinta de tener setenta y tres años.

Una mañana de la primavera siguiente, declaro, mochila a la espalda, que deseo ir al colegio. Mi madre me lleva (entonces no era necesario matricularse... o a lo mejor ya estaba matriculada). No me gusta nada. A las once y media del mismo día declaro que no volveré jamás a la escuela.

«Jamás volveré a la escuela», digo, con la locución perfecta que llena de orgullo a mis padres y aquella autoridad incipiente que no debía resultarles tranquilizadora. Sin embargo, unos meses más tarde (¿ya ha pasado el verano?), entro de una vez por todas. «Para siempre», me dan ganas de escribir.

Al principio no me entero de nada. No poseo más que tres recuerdos muy sucintos: el aroma a clementinas, el misterio de las mondaduras de las clementinas en cuestión y el sorprendente nombre de una de las maestras: señora Champion (a quien imagino, sin saber por qué, con una gorra multicolor).

No me entero del pasillo, del aula, del patio ni de los aseos. No me entero de qué hago yo allí, ni de quiénes son esos otros niños de olor raro y nombres raros (Didier, Bruno, Véronique...). Pero un día —¿Es resignación? ¿Duelo? ¿Iluminación? ¿Costumbre?— dejo de hacerme preguntas. Me convierto en colegiala.

Al año siguiente, entro en segundo curso de educación infantil. Tengo cuatro años.

Dibujo, pinto con tinta, pinto con *gouache*, pero siempre lo mismo: una princesa de frente, con las manos a la espalda (porque me resulta imposible hacer los dedos, hay demasiados, se mueven todo el rato, parecen salchichas), con un busto estrecho y una falda inmensa que arrastra hasta tan abajo que permite posponer la espinosa cuestión de los pies, con sus dedos, sus zapatos y todos esos detalles tan cansados de hacer.

La falda es crucial. Su amplitud permite hacer de ella una especie de cuadro dentro del cuadro. Empiezo dibujando el contorno; después, por dentro, una serie de líneas horizontales. Pongo sobre cada línea un montón de motivos, repetidos, alternos, muy coloridos. Recuerdo con precisión el agudo placer del momento en el que relleno la falda como se rellena una página de escritura. No juego a nada, no salgo al recreo, no me da tiempo, no tengo amigos, no quiero correr, sólo quiero pintar faldas.

Mi hermano mayor aprende a leer.

No me interesa. Para qué molestarse si por la noche Dominique, la niñera, nos lee cuentos. *Las desgracias de Sophie*. Escucho distraída. No consigo concentrarme en el argumento. Una única expresión me mantiene atenta; no la he oído nunca de labios de nadie, ni de los de mis padres, ni de los de la maestra. No sé para qué sirve ni lo que significa.

Me impide concentrarme en las aventuras de la desgraciada Sophie. Sospecho que la añade la niñera, que se la inventa. Quizás es como una manera suya de carraspear, de tomar aliento. Es una expresión corta y no se parece a las demás; se yergue siempre en soledad y me deja pasmada. ¿No será ruso? «Así pues.» Es lo único que se me ha quedado de las sesiones dedicadas a la condesa de Ségur.

Leer no sirve para nada. Yo lo que quiero es escribir. Aún ignoro que existe un vínculo necesario entre ambas actividades.

Una casualidad inexplicable hace que mi hermano mayor esté justamente aprendiendo a escribir ese año. Lo observo. Sostiene un portaplumas en la temblorosa mano izquierda. Yo lo imito. Deslizo un palo, un pasador, un lápiz, entre los dedos de la mano izquierda y me inclino hacia delante, sin aliento, como él.

Un día, mientras concentra todos sus esfuerzos en efectuar sus líneas de caligrafía —portaplumas en mano, chapuzones en la tinta, rascaduras sobre el papel—, ocurre algo terrible.

Se echa a temblar con más fuerza de la habitual, mete la pluma en el tintero, pero el brazo se le vuelve loco, los hombros, la cabeza, todo se le agita. El tintero baila, se vierte, se extiende. Una mancha de color índigo, profunda, color de noche, eclosiona sobre su pantalón de piel de melocotón beis. «¡Oh,

no!», me digo. «¡Piedad! ¡El pantalón de piel de melocotón no!» Un material que imagino muy frágil y costoso. ¿Cuántos melocotones se han pelado para fabricar un pantalón entero de la talla de ocho años (mi hermano es muy alto, mi madre lo viste siempre con ropa para dos o tres años más)? ¿Cuántas frutas han sucumbido para tejer ese material que imita hasta el escalofrío la piel de nuestro propio cuerpo?

«Está listo», me digo. Ha liado una buena. Se ha manchado el pantalón. Estoy fascinada por la evidencia indeleble de la gran flor oscura. Mientras tanto, mi hermano, que se ha caído de espaldas, se retuerce en el suelo. No es propio de él. Es un chico tranquilo y bueno, razonable, muy, muy, muy inteligente. Tan inteligente que se ha saltado un curso.

«La escritura», me digo, «es algo peligroso.»

Mi hermano sufre convulsiones en el suelo. No me da miedo que se muera, ignoro que quizás tenga un tumor en el cerebro (durante un tiempo pensamos que sí, pero al final que no), me digo que la concentración extrema que exige esa actividad ha hecho que le estalle un resorte en la cabeza. Pienso que lo van a castigar. Me da un poco de pena. Pero no consigo hacer reinar mis buenos sentimientos, no consigo expresar mi cariño. No llamo a nadie, no le cojo la mano, miro la mancha de tinta tan bonita, tan perfecta, untuosa y saturada, en la piel de me-

locotón beis. En mi interior nace un orgullo: sé que eso no me ocurrirá nunca. Yo nunca verteré el tintero. Nunca me llenaré de manchas.

En aquella época se llevaba la contraria a los zurdos. Se les obligaba a escribir con la mano derecha. A mi hermano no habían podido obligarlo, se resistía. ¿Qué hacer? Un poco antes, quizás le hubieran atado la mano culpable a la espalda. Pero estamos en 1970. Su maestro es retrógrado hasta el punto de exigir que se use portaplumas, pero hay ciertos límites. Deja que mi hermano se debata con su zurdera.

Yo, diestra natural, dibujo y escribo con la mano izquierda para hacer lo mismo que mi hermano, pero mejor. Soy una diestra autocontrariada.

Un sábado, mientras en el tocadiscos suena la canción de los hermanos Dalton cantada por Joe Dassin, realizo mi primera línea de escritura. La recuerdo como si la tuviera aún delante. Una serie perfecta de «v» en letras inglesas. Una «v» que se engancha a una «v» que se engancha a una «v», de un lado a otro de la página. No vierto ni una gota de tinta. Tengo unas letras admirablemente formadas, incluido el rabito que permite a la «v» engancharse a la letra vecina.

Sé escribir.

No recuerdo el momento preciso en el que mi pasión por la grafía sin sentido (líneas de «v», lí-

neas de «n») se convirtió en escritura de verdad. No recuerdo mi primera palabra. Quizás empezara por mi nombre.

Mi nombre, menuda suerte, empieza por una «A», la primera letra del abecedario.

Mi maestra se llama señora Bessis. La señora B. La señora Sí.

Así que, por orden, primero voy yo y luego, justo después, la maestra. El resto no tiene importancia alguna, no me interesa, apenas existe.

Mi entrada en primaria tiene la particularidad de empezar con un paso en falso. Estoy matriculada en la escuela femenina de la calle Jenner del distrito 13 de París. Paso allí un día durante el cual tenemos que colorear un círculo de rojo. Escucho distraída las consignas: colorear siempre en el mismo sentido, no salirse. Hago borrones, decepcionada, según creo, por la mediocridad del desafío.

Pronto me doy cuenta de que lo he hecho mal, he agitado el lápiz en todas direcciones. Mi caramelo rojo presenta una singular carencia de uniformidad. Por mí que no quede: repaso, relleno los huecos, coloreo otra capa. La maestra examina mi trabajo y lo evalúa. Diez de diez. La perfección. A la primera, el primer día de escuela, he alcanzado la perfección haciendo lo contrario de lo que se me pedía. Considero la posibilidad de denunciarme. ¿Se trata de una nota de buena voluntad? Me asalta

una duda inconfesable, insostenible: ¿no será esta maestra del cole de los grandes una incompetente?

Al día siguiente, sin explicación, me llevan al colegio de niños, contiguo a donde pasé el primer día. ¿Me han expulsado? ¿Me han ascendido? ¿Han descubierto mi estafa? ¿Han considerado que yo estaba por encima de lo de colorear? ¿Las niñas del cole de niñas no van a aprender nunca a leer? Y yo, ahora que soy una de las cuatro niñas en las diez clases exclusivamente masculinas de toda la escuela primaria, ¿tendré que afrontar la enseñanza que temo y por la que finjo desinterés?

Nos distribuyen el libro de lectura. Se titula *Daniel y Valérie*. En portada hay un niño y una niña. No conozco a ningún niño que se llame Daniel. A ninguna niña que se llame Valérie. Tienen un perro que, según sabré pronto, se llama Bobi. No tengo perro. La cosa empieza mal.

Aprendo a leer sin darme cuenta. Es tan fácil que no entiendo por qué nos animan, por qué nos felicitan. Es lógico, es sonido, música: «B» con «A», «Ba».

Por el contrario, lo que es muy difícil es nuestro libro. Nuestro libro de lectura, *Daniel y Valérie*, que, en mi opinión, está plagado de enigmas. Los dos personajes y su perro me parecen muy raritos. Están mal dibujados. Llevan «suéter». No me cuesta identificar el fonema «er», pero nosotros, en casa, no tenemos ropa que se llame así. En casa nos po-

nemos jerséis. No sé cómo es la gente que se pone suéter. No conozco a nadie, no he visto nunca a nadie.

Mi ilustración preferida es la de la pastelería. En el escaparate se ven unos pasteles de chocolate estupendos. El problema es que el libro no los menciona.

Ese recuerdo data quizás del segundo curso de primaria del señor Gaufre, que es tan severo que ni se nos ocurre asombrarnos ni reírnos de su apellido, que se pronuncia como los gofres. Miro los pasteles, y, mientras tanto, el señor Gaufre nos anuncia que vamos a estudiar el sonido «an». El texto, pues, menciona la *panadería*. «Panadería» es una palabra, en mi opinión, mucho menos interesante que pastel o pastelería.

No tengo ningún problema con la lectura. Tengo un problema con los libros.

Voy a necesitar más de diez años (lo que, al principio de una vida, es comparable a una eternidad) para resolverlo.